

**PARA QUE CRISTO PLENIFIQUE NUESTRA HUMANIDAD
ES NECESARIO QUE NUESTRAS COMUNIDADES
HAGAN EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU TRANSFORMADOR**

Paraná - Septiembre 2014

*Una comunidad hace experiencia del Espíritu transformador
que penetra las grietas de nuestro mundo cuando :*

- * *resiste su propia destrucción, trabaja por su renovación,*
 - * *afrenta cambios estructurales liberadores y superadores de las distintas formas de mal,*
 - * *cuando sana las viejas heridas,*
 - * *cuando supera el autoritarismo del pensamiento único*
 - * *y acepta la diversidad como una riqueza*
- (Cf. E. A. Johnson, *La Que Es*).

LAS RELACIONES HUMANIZADORAS REQUIEREN DE UNA CULTURA DE LA DEMOCRACIA¹

La cultura de la democracia es una manera determinada de estructurar un ámbito, un modo humanizador de vivir las relaciones familiares, escolares, de trabajo, de convivencia, comunitarias, institucionales, nacionales e internacionales.

Como el modo de producción determina el producto, iremos desarrollando los pasos sucesivos que han de darse para conformar la cultura de la democracia.



***A partir del siguiente
texto y de lo
conversado hasta
ahora, nos
proponemos
reflexionar sobre
nuestras prácticas
individuales,
comunitarias e
institucionales.***

**1. EXPRESARSE, COMO EXPONERSE Y PONER EN COMÚN, GRADO
MÍNIMO DE PERTENENCIA**

El primer paso que debe dar cada integrante es expresarse: sacar afuera lo que tiene. Expresarse es exponerse en el sentido de poner fuera de sí lo que se tiene dentro, a merced de los demás. Lo que uno guarda en sí está resguardado; sacarlo afuera es quedar expuesto porque puede ser usado en su contra. Da miedo. Se requiere confianza para hacerlo. Expresarse es un riesgo pero es necesario para humanizarse y humanizar el grupo, porque implica asumir la propia individualidad con la responsabilidad que entraña. Es no dejar que el grupo o la institución piensen por nosotras/os y nos den pautas hechas. Formar nuestra opinión y expresarla es un acto personalizador.

No se trata de hablar por el gusto narcisista de escucharse a sí mismo, haciendo un monólogo, ni de exhibirse apabullando a los demás. Expresarse es un acto de amor en cuanto es un gratuito dar de sí para bien de los otros y del conjunto, por lo tanto también para el bien propio. No expresarse es una autoexclusión y un no comprometerse que después permite criticar, lo cual es una deslealtad. Quien pone en común lo propio muestra que vive abierto a los demás y dona lo que tiene, puede, sabe, vale y es.

Dios realiza su creación por la palabra. Dios nos habla, se hace entender. Su palabra es eficaz, lo que hoy se llama performativa. Su Palabra se hizo carne para decírsenos él mismo en palabras humanas. La palabra de Jesús alentaba, dignificaba, curaba, rehabilitaba, liberaba las mentes y los corazones, defendía a los desvalidos, encendía en deseos de una vida más humana. Por eso las discípulas/os de Jesús deben ser personas que hablan y que hablan palabras de vida.

¹ Cf. Pedro Trigo, *Relaciones humanizadoras. Un imaginario alternativo*, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, 2013.

2. ESCUCHAR A LOS DEMÁS COMO DESCENTRARSE PARA DARLES LUGAR, CONSTITUYE AL GRUPO COMO POLICÉNTRICO Y CONSTITUYE UN ACTO DE FE

El segundo paso es escuchar lo que dicen los demás. Escuchar no es simplemente oír y registrar lo que se va diciendo. Es escuchar sin prejuizar. Exige salir del propio horizonte individual y abrirse a las perspectivas de las demás personas sin el prejuicio de que la postura propia es la verdadera. Tratar de entender qué quiere decir la otra persona y por qué lo dice, escuchar desde el horizonte de la otra persona. Ser consciente de la propia insuficiencia y de que otros pueden subsanarla. Si cada integrante del grupo hace esto, el grupo se constituye como policéntrico. Hay que preguntarse siempre qué es lo que desde su mundo propio quiere decir la otra persona. De otro modo sólo se logra una competencia de individualidades. A mucha gente no le interesa lo que dicen los demás porque vive atendida a lo suyo.

La actitud que se cultiva en este segundo paso es el descentramiento, el ponerse en el lugar del otro, renunciar a constituirse como el centro del mundo, relativizarse. Sólo así puede darse lugar a los demás. El genuino interés por el que habla es un acto de amor.

El cristiano es el oyente de la Palabra, el que hace silencio para escuchar. Nuestra fe se funda en la escucha de la Palabra, escucha que requiere una salida de sí para poner por obra lo oído y creído. Esto es así desde Abraham que escucha y sale, hasta Jesús que vive de la Palabra y proclama bienaventurados a los que escuchan la Palabra de Dios y la practican. Entonces, quien sigue a Jesús no puede no atender cuando se le habla, cuando alguien da su opinión. Escuchar a los otros nos capacita para percibir las llamadas de Dios en las palabras de los demás.

3. DIALOGAR PARA ENTENDER LO QUE SE TRAE ENTRE MANOS Y PARA ENTENDERSE ENTRE SÍ

El tercer paso consiste en tomar entre manos todo lo dicho para hacerse cargo plenamente de ello. La reacción ante lo que otras/os dicen comprende tres armónicos principales: lo que suena bien porque saca a la luz algo que uno llevaba en sí sin haberlo expresado antes plenamente, lo que suena mal porque contradice algo que uno daba por sentado y lo que no suena porque es algo en lo que uno nunca había pensado. Debemos compartir con los demás nuestra reacción y opinión. Habrá que exponer las coincidencias y también los disensos. Si no expreso mi disenso estoy considerando que la otra persona es incapaz de escuchar, o bien lo hago para ahorrarme el disgusto de decirle algo que la contraría o porque pienso que la comunidad, la institución o la amistad tienen que ser sin fisuras y con homogeneidad. Todo esto imposibilita la construcción de sujetos adultos. No hay diálogo adulto si los dialogantes no tienen la libertad para expresarse tal cual son y desde su autenticidad. Muchos consideran que el amigo debe decirle sólo las cosas buenas y consideran como enemigo a quien le señala algo negativo. También hay personas que con la excusa de evitar males mayores prefieren “dejar las cosas como están” y callarse, hasta que explotan.

La actitud que se cultiva en este tercer paso es el diálogo en su sentido etimológico: palabra que va y viene. Palabra que busca entender de qué se trata y que busca que se entiendan entre sí los dialogantes. Si sólo se busca entender de qué se trata el tema, las personas quedan sin entenderse unas a otras; si sólo se busca el entendimiento entre las personas, el grupo se infantiliza.

Una persona cristiana consecuente es una persona dialogante porque sabe que el Logos ilumina a todo ser humano que viene a este mundo.

Estos tres primeros pasos son imprescindibles para lograr la convivalidad: el estar juntos con una permanente interlocución que respeta las posiciones de cada uno.

4. BUSCAR UNA POSTURA DEL GRUPO COMO PASO DE LOS YO AL NOSOTROS

Más allá de la convivalidad, este cuarto paso busca una postura del grupo. Si se dieron los pasos anteriores se podrá tratar de hilar, entre todas/os, un discurso, una toma de posición o una propuesta o un programa que sean del grupo. Lo fundamental en este paso es que cada uno/a se piense no sólo como el individuo que es sino también como miembro del grupo, eso sí, como miembro adulto, personalizado. Este es un paso a compromisos que desbordan el yo para inscribirse conciente y libremente en comunidades y grupos

personalizados que construyen un *nosotros*, un verdadero sujeto colectivo. Tenemos que preguntarnos si el exponernos, el escuchar y el dialogar desemboca en la toma de posiciones comunes que nos constituyan en un *nosotros* incluyente de los *yo*.

Quien siguen a Jesús vive, como él, un ser hermana/o de todas/os, vive en el *nosotros incluyente*, porque vive en el corazón de Jesús donde se encuentra con todas las personas.

5. ENCARGARSE CADA QUIEN DE UNA PARTE DE LO DECIDIDO COMO EJERCICIO DE RESPONSABILIDAD INHERENTE A LA PERTENENCIA DEL GRUPO

El quinto paso es decisivo y consiste en encargarse cada una/o de un aspecto de lo decidido. El nosotros inclusivo o sujeto colectivo se constituye finalmente cuando se realiza una acción conjunta, una realización mancomunada. Es signo de adultez cuando una persona cuya propuesta no fue acogida puede encargarse de lo que se decidió como si lo hubiera propuesto ella, ya que hace propio lo consensuado y construido por el grupo, por el nosotros. Una persona así ha liberado su libertad al trascender su propio yo y realizarse en el nosotros asumido.

Si la acción no la asumen todos los miembros del sujeto colectivo, los pocos que la asumen se sobrecargan y se desgastan. Hay quienes dan el mínimo, como si pagaran un peaje para pertenecer al grupo y nada más, viviendo como un adolescente que no asume responsabilidades comprometedoras que exigen esfuerzos sostenidos. También están quienes asumen plenamente la responsabilidad pero adueñándose del grupo a su modo y, en el fondo, para su propio interés.

La actitud que se ejercita en este paso es la responsabilidad en el contexto de la corresponsabilidad.

Jesús no anuló la iniciativa de las personas. Su responsabilidad lo llevó a liberar sus mentes y sus corazones para que pudieran hacerse cargo personalmente de sus vidas. Lo que hizo fue sembrar capacidades: las hizo capaces de llegar a ser hijos de Dios, responsables como él, capaces como él de afrontar la vida abiertos a Dios y a los demás. Sus seguidores/as no podemos opinar y luego escaparle al bulto, debemos encargarnos de lo que nos toca sin quitar responsabilidad a las demás personas.

6. EVALUAR CONJUNTAMENTE LO DECIDIDO Y REALIZADO POR TODOS COMO EJERCICIO DE LA CONDICIÓN DE SUJETO DEL GRUPO Y NO SÓLO DE COLABORADOR

El sexto paso es la evaluación conjunta. Quien evalúa se considera y es considerado/a responsable. La evaluación conjunta es signo de que el nosotros que proyectó y ejecutó está integrado por todos los miembros del grupo y no sólo por especialistas y dirigentes. Muchas veces la evaluación la hacen éstos, a quienes significativamente se suele llamar "responsables", quedando para los demás una evaluación informal que muestra una distancia entre participantes y evaluadores. Es una relación elitista en la que los *ilustrados* dirigen a los que se supone que no son ilustrados. En estos casos el grupo, comunidad o institución está pensada como sociedad jerárquica y no deliberante. Si no superamos este paradigma no habrá un *nosotros personalizado* y *personalizador*. El hecho de que todos los implicados evalúen la marcha de lo que llevan entre todos es una prueba de que se practica la cultura de la democracia.

La actitud que se ejercita en este paso es la conciencia crítica guiada por los objetivos propuestos. Se reafirma la trascendencia de la misión del grupo, que es la razón de ser del grupo y la que une a sus miembros.

El nombre cristiano de la evaluación es el discernimiento, el cual supera a la evaluación porque no mira solamente lo realizado sino el espíritu que ha guiado todo el proceso. Sólo humaniza lo que es guiado por el Espíritu de Jesús, porque Jesús es el paradigma de humanidad. Pero el Espíritu de Jesús es vehiculizado por los espíritus de este mundo y de esta historia, por eso hay que distinguir cuáles y en qué medida lo contienen. Tenemos que dejarnos medir por la luz de Cristo. Jesús plantea criterios de discernimiento en la discusión acerca de con qué poder expulsaba a los malos espíritus. Declara que lo que libera no puede venir sino de Dios.

Nos mueven diversos espíritus: el de cada uno, el de nuestra familia, el de nuestra generación, el de la institución a la que pertenecemos, el de la ciudad y el barrio en que vivimos, el de la política de los que

dominan y el de los que buscan una alternativa, el de la institución eclesiástica y el del grupo cristiano. Lo que hay que averiguar es si en verdad se da liberación de tanto que nos ata, dispersa y desune; si lo que nos mueve va en dirección, como Jesús, de la filiación y la hermandad. El discernimiento lo hace el sujeto colectivo, es decir, todos los miembros, porque no hay nadie que pertenezca sólo al Espíritu.

7. PROCESAR LOS CONFLICTOS, NO SÓLO PARA QUE LOS OBJETIVOS SE CUMPLAN CON EFICACIA SINO PARA QUE EL GRUPO RESULTE FORTALECIDO Y SE PERSONALICEN LOS SUJETOS

El séptimo paso es el procesamiento de los conflictos que siempre surgen en todo grupo humano. No hay que pensar que los problemas son una anomalía. El desacuerdo sobre contenidos concretos o sobre el modo de llevarse a cabo, el malentendido en apreciaciones sobre proceder de miembros del grupo e incluso las desavenencias personales, deben ser consideradas como normales y es bueno que puedan manifestarse. Lo crucial es que no se planteen como callejones sin salida. Lo que los convierte en irresolubles es que no suelen procesarse en el momento en que surgen y ateniéndose a su dimensión concreta, sino que se dejan pasar hasta que pasan del plano específico en el que surgen al nivel de la globalidad, hasta que al fin termina cuestionando el sentido de la pertenencia al grupo. Claro está que hay cosas que hay que dejar pasar, distinguiendo entre comportamientos ocasionales y permanentes o entre problemas de estilo y cuestiones que afectan lo trascendente que cohesiona al grupo. Éstos últimos son los que sobre todo deben procesarse en cuanto aparecen, sin añadirles carga emotiva adicional a la que ya tienen.

Siempre hay que remitirse al horizonte compartido en el que hay un acuerdo grupal. Hacer memoria de lo que se comparte y con lo que se quiere ser medidos. Sin esta luz para discernir sólo se quedará en la lucha entre discursos o entre personalidades para ver quién prevalece, y finalmente siempre alguien queda herida/o. Hay que aprender a negociar, sabiendo que cada una/o tiene su parte de razón y aprendiendo a trascender la propia postura inicial. A veces es necesario recurrir a otra persona aceptada por ambas partes para que funcione como mediador/a. para procesar adecuadamente los problemas y conflictos es preciso seguir los tres primeros pasos que hemos mencionado anteriormente (expresarse, escuchar y dialogar).

Las actitudes que deben cultivarse en este paso son el amor como búsqueda del bien de cada miembro del grupo, la aceptación de que la verdad libera aunque duela y la flexibilidad para no considerar la propia postura como excluyente.

El seguimiento de Jesús no implica ir de lo bueno a lo mejor sino que incluye la superación de lo malo. Toma en cuenta todas las manifestaciones de la debilidad humana y trata de procesarlas superadoramente, intentando que todos salgan de la situación mejor de lo que entraron. Procesar superadoramente los conflictos es signo de andar en el Espíritu y no en la ley que juzga, condena y excluye.

8. CELEBRAR LOS LOGROS Y LA VIDA COMPARTIDA

Este paso no puede faltar ya que es expresión de la salud espiritual y de la calidad humana del grupo, comunidad o institución. La celebración debe ser un acontecimiento que fortalezca el carácter democrático, la relación horizontal y mutua del *nosotros*, desde los dones de cada uno, y debe expresar simbólicamente el horizonte trascendente al que tiende el grupo y que lo unifica. Así la celebración será un momento privilegiado de comunión personalizadora.

Quien sigue a Jesús sabe que la hermandad no es un punto de partida sino de llegada provisional, que se mantiene por la acción incesante del Espíritu, y que cada logro en ese camino es un verdadero milagro, un triunfo de la gracia sobre nuestra tendencia a desmoronarnos como comunidad. Celebramos los triunfos de la gracia de Dios sobre nuestras debilidades y experimentamos que la alegría de Dios es nuestra fortaleza. Jesús celebraba tanto que fue despreciado por los ascetas como comilón y borracho porque, a diferencia del Bautista, no era un asceta sino una persona que gozaba de la vida, sobre todo de ver que cómo el pueblo cobraba esperanza, cómo se liberaba mentalmente, cómo se ponía de pie y se convocaba y se movilizaba y recobraba la alegría y las ganas de vivir con dignidad. Por eso celebramos siempre al modo pascual, en presencia de la muerte que acecha pero con la esperanza firme en que Dios tiene la última palabra.

ESPACIO PARA ANOTACIONES PERSONALES Y GRUPALES: